

Alfredo Bryce, tal como yo lo conozco

FERNANDO AMPUERO*

Antes que el consabido atisbo a una obra literaria, este texto apunta a esbozar un retrato del autor —un retrato personal, naturalista—, por lo cual quiero advertirles que lo mucho que yo pueda decir esta noche sobre Alfredo Bryce Echenique siempre será poco, porque Bryce, en todo sentido, como individuo y como escritor, es el exceso personificado, y eso es inabarcable. Así que, dado que hoy en Trujillo, en esta tercera Feria del Libro, él es el invitado de honor —¡y con qué inmenso honor se le agasaja! ¡nada menos que presentándose en este fabuloso escenario que es la Huaca de la Luna!—, me tomaré la licencia de parafrasear a Ciro Alegría, gran escritor que vivió en esta tierra, a propósito de lo inabarcable de la obra de Bryce, para dejar sentado que el mundo de Bryce no es ancho y ajeno, sino más bien ancho y ameno, y que sin lugar a dudas él es el autor peruano que mejor nos enseña que nada hay más profundo que la piel. Allí, en la piel, en la epidermis, como bien lo entrevistara el poeta Paul Eluard, converge toda polaridad y toda sustancia, el meollo y la superficie, el mapa de nuestros nervios y el de nuestra historia.

Una historia contada por Bryce, digamos, nace de una experiencia, ya sea vivida por él o vivida por otros, o bien de un sueño, o quizá de una conversación. No existe amigo de Bryce que no haya escuchado en las tertulias alguna de sus innumerables historias, y con ello me refiero a esas historias que él relata a menudo en versiones diferentes, cada vez más exageradas, o cada vez más delirantes. Todas estas historias, a juzgar por la emoción, la naturalidad y la fluidez narrativa, las sentimos verdaderas. Son increíblemente verdaderas, incluso en cada una de las versiones, entre las cuales (con suerte) una de ellas se convertirá en historia escrita, mientras las otras seguirán en el aire de las futuras tertulias, o en la memoria de sus oyentes, sin perder un ápice de verdad. Sin embargo, algo cambia en la historia al volcarse a la escritura. Como en un mágico proceso, esta encarna en otro tipo de verdad, una verdad más verdadera si se quiere, la verdad poética, la verdad más honda y emotiva, y, sobre todo, la verdad que, pese a los excesos o bien gracias a ellos, sabe encontrar su punto de armonía o su correcta proporción en los excesos (es decir, en el desequilibrio que supone todo exceso), en el diáfano lenguaje encantatorio de Bryce, en ese tránsito desde la oralidad a la escritura, y que hace que todo libro suyo sea una charla amena y sabrosa, que ora se vuelve tristísima, ora se vuelve humorística y desternillante, y que en todo momento, durante la lectura, nos hace sentir que Bryce está con nosotros muy tarde en la noche, tardísimo en realidad, su hora predilecta, ya sea en un bar o en la casa de un amigo, mientras nos habla y sonrío, mientras nos habla y sostiene una copa de vino en la mano, no sin cierta melancolía.

A ojo de buen cubero, para decirlo con su clásico dicho, la obra de Alfredo da cuenta del pasado, de su infancia y adolescencia en la Lima de los años cincuenta, una Lima que ya no existe más, pero que todos los limeños de hoy llevan aún en su corazón, para quererla y para odiarla gracias a Alfredo Bryce; y da cuenta también de las vicisitudes del propio Alfredo en su exilio voluntario, en sus peregrinajes de viajero eterno en los que narra las aventuras y desventuras de sus *alter ego*, esos jóvenes artistas y escritores de América Latina que gozan y padecen y deambulan en el ambiente cosmopolita europeo.

Bryce, en el segundo tomo de sus memorias, *Permiso para sentir*, ha recordado que, cuando joven, en vísperas de su primer viaje a Europa, sus amigos decían que «él había viajado a París a estudiar para bohemio», y lo cierto es que ahora, al cabo de treinta y cinco años ausente del Perú, y curtido ya en interminables insomnios y noches de copas, así como en larguísimas tardes de

escritura (porque Bryce, por si no lo saben, solo escribe en las tardes), ahora, decía, treinta y cinco años después, ha regresado a Lima para doctorarse en desarraigos, para pasársela en un constante ir y venir, en una endemoniada crisis de desarraigo múltiple que lo tiene seis meses en el Perú y otros seis meses en Europa, en cualquiera de las ciudades que le abrieron sus puertas y lo cobijaron y lo nombraron uno de los suyos.

Ciertamente una visión apresurada y simplista, si es que uno se atiene a sus obras más representativas, desde su extraordinaria novela *Un mundo para Julius* hasta la no menos extraordinaria *No me esperen en abril*, podría reducir la obra de Bryce al profuso retrato de un único personaje en diferentes etapas de su vida. Allí están, en efecto, Julius, un señorito en su tierna y sorprendida infancia, o Manongo Sterne, ese mismo señorito en su adolescencia, o Carlitos Larrea, aquel otro señorito que se enamora de su Demi Moore, una guapa dama mayor, o Martín Romaña, el señorito en cuestión retratado en el extranjero, desde su soledad, mitomanía y neurosis, desde sus esfuerzos y fatigas por convertirse en un escritor, desde su denodada lucha por defender su tiempo y su vocación, desde su guerra privada contra el desaliento. Aunque aquí, de hecho, hay algo más que un personaje o un punto de vista. Hay, creo yo, una voluntad de mirar, de repensar y repensarse exhaustivamente, de descubrir y de desnudar.

Pero esta voluntad de mirar, por cierto, ajusta sus piezas con un componente fundamental: la ironía, el sentido del humor, rasgo notable que define de forma integral la obra y la personalidad de Alfredo Bryce.

La ironía bryceana es una corriente sanguínea, un cálido río interior que circula en su manera de percibir el mundo, y que, en ocasiones, se desborda e inunda todo el cuerpo del relato, cosa que ocurre incluso en los pasajes más dramáticos de sus cuentos y novelas, quizá para atenuarlos, para hacerlos digeribles. De hecho, es con este componente, la ironía, que Bryce se nos hace visible, y es también con ello que nos enseña a ver.

A diferencia de un autor como Charles Bukowski, que está en las antípodas de Bryce, pero que curiosamente comparte a veces con él mucho de su filo narrativo y su desenfreno —no hay que olvidar que Bukowski se autoproclamaba un payaso en la oscuridad—, Bryce es un *showman* de sus tristezas, un divertido arqueólogo de la nostalgia, un minucioso notario de todo lo que ama, odia o desprecia, de todo lo que niega o afirma.

No quiero extenderme en más detalles e impresiones sobre su obra, o sobre las interconexiones entre su obra y su persona, ni sobre la indiscutible calidad de sus cuentos y novelas, ni sobre su insoslayable tendencia a contarnos las peripecias de sus romances apasionados (amoríos que quedan en el camino, o que lo dejan al pobre Bryce sembrado en el camino), ni tampoco sobre sus evocaciones críticas y al mismo tiempo empáticas del mundo de una aristocracia limeña en vías de extinción.

Mi propósito es hacer un retrato a vuela pluma, un dibujo con la menor cantidad de trazos que me sea posible, pero que muestre al Alfredo Bryce que yo conozco. Sus lectores, y el gran público en general, tienen una idea muy formada sobre Alfredo. Sus amigos, en cambio, perciben a Alfredo como muchos Alfredos diferentes; cada cual lo ve a su manera.

El Alfredo Bryce que yo conozco, por ejemplo, es un hombre muy ordenado. Para ser un bohemio puntual, y tener tanta fama de ser un amante de la *dolce vita*, esto llama mucho la atención. Y es que Bryce es obsesivo en el orden, tanto en las horas que dedica a escribir, o a organizar su año de articulista y de conferencista, como en una serie de detalles de su vida cotidiana. Doy fe de esto, pues yo he conocido el *walk-in closet* de su casa de Monterrico, en Lima. Un cuarto amplio, con cajonería y estantería que muestra sus camisas perfectamente apiladas, cerros impecables de camisas, colgadores de corbatas y sacos como en una boutique de lujo, espacios estelares para los calcetines, las correas y los zapatos. A mi entender, en el clóset de su casa, fuera de intuir su buen gusto, uno siente que la segunda profesión de Alfredo podría haber sido la de decorador de vitrinas.

El Alfredo Bryce que yo conozco es un lector voraz, que relee con asiduidad a los clásicos y que está al tanto de las novedades (especialmente las de los amigos, eso sí), pero que además le interesan todos los géneros. No solo lee literatura, sino también sociología, historia, filosofía,

etcétera.

El Alfredo Bryce que yo conozco posee un detector de tristezas que, por un lado, le permite reconocer a sus congéneres, y por otro, le sirve para determinar la calidad de la tristeza. A Alfredo no le gustan las tristezas de mala ley, le gustan las señoras tristezas, con todo su peso, penurias y lágrimas. No hay que olvidar que Bryce domina al dedillo el arte de dar pena, y que para eso se requieren tristezas de veras, que sean tan tristes que nos hagan pensar y que incluso nos den risa de tan tristes que son.

El Alfredo Bryce que yo conozco es un individuo cortés, cordial y muy educado, un limeño de otra época, todo un caballero que sabe comportarse bien en cualquier sitio y cuando le da la gana, y que también sabe comportarse pésimo cuando le da la real gana, que es una gana muy distinta a la primera, digamos un modo de portarse mal con mucho estilo.

El Alfredo Bryce que yo conozco es contradictoriamente una persona apacible y exaltada, y hasta ahora es todo un misterio para la ciencia cómo es que se las arregla para llevar en su fuero interno la misa en paz.

El Alfredo Bryce que yo conozco es un hipocondríaco de nota, el típico individuo que está temiendo sentirse mal porque en realidad le resulta sospechoso sentirse tan saludable, y en ello, sí, ambos pertenecemos a la secta de Woody Allen: huimos de la peste como los vampiros de la luz diurna. Yo me siento muy identificado con Alfredo. A la hora de salir de viaje, tanto él como yo, al alistar nuestras maletas, le damos un espacio privilegiado a los botiquines; invariablemente nuestros botiquines están repletos de píldoras y remedios para todas las emergencias.

El Alfredo Bryce que yo conozco, ni qué decir, es un gran conversador, la leyenda viva del buen contertulio y además un profesional de la simpatía (si mañana se hicieran certámenes masculinos de simpatía, si se tuviera que elegir a un Míster Simpatía, ganaría él, sin lugar a dudas).

El Alfredo Bryce que yo conozco es un señor elegantísimo, un hombre que viste muy bien (recuerden su surtido *walk-in closet*). Sin embargo, yo diría que no hay frivolidad en su elegancia, ya que esta se expresa como una diáfana manifestación de su espíritu, y, bueno, el suyo es un espíritu que naturalmente prefiere el paño fino para los sacos y la lana de cashmire para los suéteres, porque así lo aprendió de su padre y de sus mayores. Y no hablemos de sus chalecos de fantasía, que ese es un vicio aparte y costosísimo en el que Alfredo se disputaba el estrellato con otro Alfredo, el difunto pintor Alfredo Ruiz Rosas.

El Alfredo Bryce que yo conozco siempre ha querido tener un perro, siempre ha soñado con eso, un perro lanudo con cara de tonto y mirada inteligente que lo acompañe mientras él lee sentado en un sillón, un perro que esté por ahí, quieto, echado a sus pies, y desde luego no en condición de florero, sino como afable compañía, como silencio lleno de pelos y de afectos y de mucha dedicación, pero lo cierto es que este deseo se mantiene insatisfecho: Bryce no tiene perro.

Yo le he preguntado varias veces a Alfredo por qué nunca se decidió a tener un perro. No lo he hecho, me contestó, por mil razones, pero las principales son los viajes, la soledad o los departamentos pequeños. Incluso ahora, en estos tiempos, cuando Bryce ha contraído matrimonio, casándose con una bella dama (aquí presente) que aporta una linda casa con un gran jardín, no hay perro. Y es que la mujer de Alfredo tiene gatos, y eso de tener un perro que te hace huecos en el jardín no la convence mucho. Así que, finalmente, Alfredo Bryce está sin perro. No tiene un perro que le ladre. Y es por eso que se me estruja el corazón cuando releo su libro para niños, titulado *Goig*, que es nada menos que la azarosa historia de un perro, un simpático y fiel bóxer color canela, un perro literario, el único perro que le hace gracias.

Podría enumerar más aspectos de su personalidad. Pero me detengo aquí para que esto no acabe en panegírico. Lo que he dicho es la pura verdad. Y aquí está Alfredo Bryce para probarlo. Aquí les dejo, señoras y señores, a Alfredo, el gran Alfredo.

* Escritor. Su última novela, *Putá linda*, la publicó el 2006 bajo el sello Planeta. Este artículo reproduce la presentación a la conferencia de Alfredo Bryce en la reciente Feria del Libro de Trujillo. ■